

FRANCISO DE QUEVEDO

ESPAÑA DEFENDIDA  
DE LOS TIEMPOS DE AHORA  
DE LAS CALUMNIAS DE LOS  
NOVELEROS Y SEDICIOSOS

Edición crítica y anotada de  
*Victoriano Roncero López*

**EUNSA**

EDICIONES UNIVERSIDAD DE NAVARRA, S.A.  
PAMPLONA

# Índice

PRÓLOGO .....	7
INTRODUCCIÓN .....	11
1. Humanismo en <i>España defendida</i> .....	11
1.1. Nacionalismo en <i>España defendida</i> .....	13
1.2. <i>España defendida</i> : « <i>laus Hispaniae</i> » .....	29
2. Fecha de composición .....	52
3. Manuscrito autógrafo: la escritura quevediana .....	56
4. Manuscritos y ediciones .....	63
4.1. Manuscritos .....	63
4.2. Ediciones impresas .....	64
5. Nuestra edición .....	66
BIBLIOGRAFÍA .....	67
ABREVIATURAS MÁS USADAS.....	83
<i>ESPAÑA DEFENDIDA</i> .....	85
CAP. 1. De España: su sitio, cielo, fertilidad y riqueza .....	94
CAP. 2. Antigüedad de España y estima acerca de los extranjeros y antiguos escritores .....	98
CAP. 3. Del nombre de España y su origen y etimología .....	109
CAP. 4. De la lengua propia de España, de la lengua antigua y de la de ahora. La razón de su gramática, su propiedad, copia y dulzura .....	123
CAP. 5. De las costumbres con que nació España y de las antiguas .....	170
CAP. 6. Del falso origen de las gentes .....	179
ÍNDICE DE NOTAS .....	187
ÍNDICE DE LOS AUTORES CITADOS POR QUEVEDO .....	191

## Prólogo

Pío lector:

El año 1997 se publicaba en el número 1 de *La Perinola. Revista de investigación quevediana* un artículo con el título: «Aproximaciones al estudio y edición de la *España defendida*». No era esta mi primera incursión en este texto humanista de Quevedo, pues años antes ya había estudiado esta obra como parte de mi interés por el concepto historiográfico del escritor madrileño. Pero en ese año de 1997 empecé a trabajar en la edición crítica y anotada de un texto, que había sido impreso por primera vez en 1916, pero que carecía de una edición que profundizara en la selva humanística que había levantado don Francisco. A partir de ese momento, se inició una paciente tarea de recuperar las fuentes que utilizó nuestro escritor para redactar, o, mejor dicho, para esbozar su *laus Hispaniae*. Ha sido una tarea ardua que tuve que compaginar con otros proyectos profesionales que iban surgiendo, lo que explica en parte el tiempo transcurrido entre su inicio y su finalización. El otro factor que explica esta dilación es que la *España defendida* constituye el texto humanista más complicado de Quevedo, en el que intenta demostrar a sus contemporáneos, amigos y enemigos, lo vasto de sus conocimientos filológicos. Esa amplitud de conocimientos se demuestra en sus numerosas citas de autores en latín, griego y hebreo, tanto de autores clásicos como de humanistas de los siglos XVI y XVII, pero también de palabra o palabras en siríaco, ruso o ucraniano, e incluso en inglés.

El lector tiene entre manos un intento de reconstrucción de la *laus* que había esbozado don Francisco y que se conserva en el manuscrito autógrafa custodiado en la biblioteca de la Real Academia de la Historia. La labor ha sido complicada por la gran cantidad de arrepentimientos en forma de tachaduras o palabras escritas entre renglones que abundan en toda la obra, y porque don Francisco nunca puso el texto en limpio, sino que se limitó, en ocasiones, a añadir al final del capítulo ciertos párrafos con señales para que se incorporaran en el interior de ese mismo capítulo. En estos casos he seguido la indicación quevediana y los he colocado en el lugar que Quevedo les asignó.

La amplitud de mis conocimientos no me permitía abarcar todos los campos filológicos cubiertos por don Francisco, por lo que hube de recurrir a la ayuda y generosidad de amigos y de desconocidos, hasta ese momento, para cubrir mis inmensos océanos. En este sentido, creo que la obra que el lector tiene en sus manos es el resultado de la generosidad intelectual de muchos especialistas que han puesto sus conocimientos al servicio de la presente edición. Es muy habitual en este tipo de trabajos dar las gracias anónimamente, amparándonos en el tópico de la injusticia que podemos cometer olvidándonos de algunos nombres. Pero yo quiero romper la tradición y voy a mencio-

nar, y espero no olvidarme de ninguno, la larga lista de personas que me han ayudado en esta tarea editorial y que, en parte, son culpables de que hoy vea la luz la *España defendida*: Ignacio Arellano, Antonio Azaustre, Christina Bethin, Alberto Blecua, Pedro Cátedra, Eran Cohen, Martín Corral, James O. Crosby, Santiago Fernández Mosquera, Emilia Fernández Tejero, Mercedes Fernández Valladares, Ruth Fine, Paul Firbas, Sharonah Fredrick, Pedro Lastra, Óscar Martín, Pedro José del Real, Alfonso Rey, Leonardo Romero Tobar, Nicholas Rzhevsky, Ángel Sáenz-Badillos, Bartolomé Segura Ramos. Agradecimiento especial a la Real Academia de la Historia que me permitió consultar el manuscrito y editar el texto facsímil. *Vale*.

# Introducción

## I. HUMANISMO EN «ESPAÑA DEFENDIDA»

El 20 de septiembre de 1609 Quevedo firma la dedicatoria a Felipe III de su *España defendida y los tiempos de ahora de las calumnias de los noveleros y sediciosos*. No es esta la única obra que el escritor madrileño empieza a redactar por los preliminares, o, por lo menos, que fecha en la época en que debió comenzarla; *Grandes anales de quince días* fue iniciada y dedicada a Felipe IV el 16 de mayo de 1621, y los hechos narrados llegan hasta mediados de 1623, y *Virtud militante* la dedicó a Pedro Pacheco el 5 de abril de 1634 y continuaba trabajando en ella a principios de 1636<sup>1</sup>. Tampoco constituye *España defendida* su primer texto humanista; había escrito ya entre 1606 y 1608 el *Discurso de las privanzas*, el primero de sus tratados políticos; el 1 de abril de 1609 había enviado al duque de Osuna su *Anacreón castellano* y su primera versión del *Phocílides*<sup>2</sup>, y estaba trabajando en la versión y comentario de los *Trenos* de Jeremías que enviaría a don Bernardo Sandoval y Rojas, cardenal arzobispo de Toledo, el 8 de mayo de 1613. Estos tres últimos textos aparecen mencionados en el capítulo iv de *España defendida*<sup>3</sup>. A estos habría que añadir proyectos que no han llegado hasta nuestros días, bien porque se han perdido, bien porque nunca llegaron a existir, como el libro que iba a escribir refutando a Juan Luis de la Cerda, que cita en el capítulo iii de *España defendida*<sup>4</sup>; o como el *Odium*, que, si creemos la afirmación que hace en su *Anacreón*, estaba en la imprenta<sup>5</sup>. Su acercamiento al humanismo no se limita a estos comentarios y traducciones de autores clásicos, sino que, por estos mismos años, también había incursionado en el género de la sátira menipea de tradición clásica con los *Sueños*: el primero de ellos, el *Sueño del Juicio Final*, fue escrito hacia 1605<sup>6</sup>; *Alguacil endemoniado* fue compuesto entre 1605 y 1608, y, finalmente, el *Sueño del infierno*, cuya dedicatoria está fechada el 3 de mayo de 1608.

1. Para la fecha de redacción de esta obra ver las opiniones de Alfonso Rey en su introducción a Quevedo, *Virtud militante*, pp. 22-23.

2. La edición definitiva de esta obra acompañada del Epicteto apareció en Madrid en 1635, bajo el título: *Epicteto y Phocílides en español con consonantes*.

3. «Y entre estos autores, osadía parece, o es temeridad, nombro a Anacreón mejorado en castellano por mí, y a Focílides en la parte griega; y de la hebrea los *Trenos* de Jeremías» (p. 157).

4. «Pero ni Amiano Marcelino lo miró bien, de dos o tres particulares ejemplos en hacer proposición general ni en escribirlo así, porque Egipto no se llamó así de los grandes ríos, antes el Nilo se llamó de ella en su primer voz, como yo pruebo en mi libro que intitulo *Homeri Achilles adversus imposturas Maronianas Ludovici de la Cerda (redivivi Tersitis)*» (p. 118).

5. Quevedo, *Anacreón castellano*, p. 312: «en el *Odium*, libro que estoy imprimiendo, donde hago la persona de filósofo, lo escribiré».

6. Ver Haley, 1969-1970.

Los contactos con el humanismo y los humanistas más importantes de la Europa de finales del siglo xvi y principios del siglo xvii se inician en septiembre de 1604, fecha de la primera carta que Quevedo escribió al humanista belga Justo Lipsio. En ella discute y pone en duda la interpretación que había hecho este sobre un pasaje de Arnobio: «*Concedo, sed non absolute, sed his exceptionibus*»<sup>7</sup>. Ciertamente para el joven Quevedo era muy estimulante intelectualmente la comunicación con su corresponsal, que era considerado uno de los más importantes estudiosos de la Antigüedad clásica de su tiempo. Aprovechando esta situación, Quevedo le escribirá otras cartas en las que trata temas filológicos; como sucede en la escrita en noviembre de ese mismo año de 1604 en la que le consulta sobre un pasaje de Lucano<sup>8</sup>; en otros momentos, y en esa misma carta, le comenta su proyecto de reivindicar a Homero frente a los ataques de Giulio Cesare Scaliger: «*cuius patrio sermone (id fortasse haut maturo consilio) iniurias Homero illatas a Scaligero vindicare fuit animus*»<sup>9</sup>. A este espíritu combativo y atrevido se une en el joven humanista la arrogancia de sentirse como el más capacitado de los humanistas españoles de su tiempo, que llega a despreciar a aquellos compatriotas que se han dedicado a estos estudios de autores clásicos, compatriotas contra los que incluso quiere dirigir su artillería humanista, como queda palpable en *España defendida* donde cita el texto que está redactando contra Juan Luis de la Cerda:

como yo pruebo en mi libro que intitulo *Homeri Achilles aduersus imposturas Maronianas Ludoviçi de la Cerda (rediviui Tersitis)* (p. 118).

Esta correspondencia y las obras de Quevedo citadas anteriormente suponen la entrada del escritor en el mundo del Humanismo europeo de la segunda mitad del siglo xvi y los primeros años de la centuria siguiente. En estos momentos, nuestro joven humanista se codea e, incluso, se atreve a enfrentarse con los grandes filólogos que dominan el mundo intelectual en esos tiempos: Muret, Casaubon, Mercator, o los Scaliger, sobre todo Joseph-Juste y su padre Giulio Cesare que se había atrevido a colocar a Virgilio por encima de Homero.

### *1. Nacionalismo en España defendida*

La defensa y exaltación del pueblo en el que ha nacido el escritor se encuentra desde muy antiguo en la tradición occidental, y podemos encontrar rastros de ellas en los versos y obras de Homero<sup>10</sup>, Cicerón

7. Ramírez, 1966, p. 388.

8. Ramírez, 1966, p. 401: «*Sed eus amice quid tibi videtur de his Lucani carminibus in vi. Ianitor et sedis laxae qui viscera seuo / Spargis nostra cani... Hanc difficultatem tibi ablegandam censeo*».

9. Ramírez, 1966, p. 400. Sobre este tema ver el breve, pero interesante resumen, de Izquierdo, 1998, pp. 466-467.

10. Homero, *Iliada*, 12.243. Pedro de Valencia, *Obras completas*, iv, p. 464, lo traduce:

o Quintiliano, por ejemplo. Recordemos que estos dos últimos consideraban a los romanos, y su cultura, como superiores a los griegos y la suya<sup>11</sup>. Frente a un cierto complejo de inferioridad que los primeros autores latinos sentían frente a los helenos, Cicerón y Quintiliano levantan su voz para declarar públicamente el final del dominio de la cultura griega sobre la latina. Como ejemplo, podemos citar las palabras de Cicerón en *Tusculanarum disputationum*, I, 1:

*et, cum omnium artium, quae ad rectam vivendi viam pertinerent, ratio et disciplina studio sapientiae, quae philosophia dicitur, contineretur, hoc mihi Latinis litteris illustrandum putavi, non quia philosophia Graecis et litteris et doctoribus percipit non posset, sed meum semper iudicium fuit omnia nostros aut invenisse per se sapientius quam Graecos aut accepta ab illis fecisse meliora, quae quidem digna statuissent in quibus elaborarent<sup>2</sup>.*

Este sentimiento de superación del maestro, de la cultura considerada superior se constituye en una muestra de patriotismo, que pasado el tiempo y llegando a la Europa de finales del siglo XIV se convirtió en el inicio del nacionalismo humanista. Porque este es uno de los rasgos constitutivos fundamentales del Humanismo europeo de los siglos XV y XVI: el nacionalismo. Desde los primeros humanistas italianos y su reivindicación del pasado romano, que llevó, por ejemplo, a Cola di Rienzo a propugnar un programa político que «envisaged a return to primitive Christianity» y al republicanismo romano para revivir una Italia gobernada por Roma<sup>13</sup>. Este sentimiento de nostalgia por la patria perdida lo compartirá también Petrarca, que llegará a escribir que: «*Quid est enim aliud omnis historia quam Romana laus?*»<sup>14</sup>. Desde ese momento, el nacionalismo se convierte en una fuerza motriz importante de todo el movimiento Humanista que provocará enfrentamientos entre escritores y críticos de diferentes países o de diferentes grupos religiosos. En el primer caso, tenemos las disputas entre los italianos y los franceses<sup>15</sup>;

«El más feliz agüero y buen consejo es defender la patria peleando».

11. Ver Maravall, 1986, pp. 120-124. Recuérdese también la famosa «*pugna pro patria*» de Catón que tanto impacto tuvo en la historiografía renacentista. Ver Cochrane, 1985, p. 218.

12. Quintiliano, *Institutiones oratoriae*, afirmará en la misma dirección: «*Et hercule ut illi naturae caelesti atque immortalis cesserimus, ita curae et diligentiae vel ideo in hoc plus est, quod ei fuit magis laborandum, et quantum eminentibus vincimus, fortasse aequalitate pensamus*» (x 1, 86); «*Elegis quoque Graecos provocamus*» (x 1, 93); «*At non historia cesserit Graecis. nec opponere Thucydidi Sallustium verear, nec indignetur sibi Herodotus aequari Titum Livium*» (x 1, 101); «*Oratores vero vel praecipue Latinam eloquentiam parem facere Graecae possunt: nam Ciceronem cuicumque eorum fortiter opposuerim*» (x 1, 105).

13. Kelley, 1991, p. 12. Esto dio lugar a un movimiento patriótico de vuelta al pasado glorioso de Roma, la *Roma renovata*. Ver Rico, 1993, pp. 25-27.

14. Citado por Mommsen, 1966, p. 122n. Ver Kelley, 1998, pp. 131-135.

15. Un ejemplo es la rivalidad que existió entre los humanistas franceses del siglo XVI con los italianos en el campo de los estudios sobre el griego; ver Grafton, 1983, pp. 75-82. Ver también Grafton, 1997, pp. 136 y ss.